

CABEZAS DURAS Y DEDOS INTELIGENTES

Cabezas duras y dedos inteligentes, Alberto Mayor Mora, Colcultura, Bogotá, 1996.

Si alguna vez usted se vio tentado a compartir el aserto de los setenta de que se aprendía más economía en la cafetería de su Facultad que en los salones, y después comprendió, leyendo *Las Uvas de la Ira*, de John Steinbeck, lo que no había logrado explicar su maestro de Economía Agraria en sus esquemas comparativos, ahora puede encontrar el sabor perdido de la Historia Económica de Colombia, entre los siglos XVIII y XIX, degustando la lectura de *Cabezas duras y dedos inteligentes*, Premio Nacional de Colcultura 1996.

Se trata de indagar acerca de las formas que revistió la oposición entre la mentalidad artesanal y la industrial en los albores de la industria colombiana, a través del seguimiento de la historia de las herrerías de Amagá (Antioquia), La Pradera (Cundinamarca) y Samacá (Boyacá), como preámbulo de lo que después serían las industrias siderúrgica y metalmecánica.

El marco teórico que generalmente subyace en este tipo de estudios es la conocida y ardua discusión acerca de la transición del feudalismo al capitalismo en Europa, a la manera en que la desarrollan Dobb, Sweezy, Takahashi, Lefevre o Hobsbawn, entre otros.

Es cierto que la historiografía nacional ya superó el bizantinismo de los primeros debates marxistas que pretendían dirimir la naturaleza del caso colombiano en términos taxonómicos, cuando se planteaba como piedra de toque de los análisis políticos la llamada *caracterización de la sociedad colombiana*. ¿Era capitalista?, ¿feudal?, ¿semifeudal?, ¿capitalista dependiente? Lo cual llevaba la discusión al pasado, a lo que hemos sido, otra vez en términos taxonómicos: ¿eran los comerciantes o los artesanos el sector más dinámico en el proceso de gestación del capitalismo, y, en consecuencia, eran retardatarias o revolucionarias las políticas que los auspiciaban?, ¿era progresista o retardataria la clase comerciante?, ¿cuál fue la naturaleza de la revolución del medio siglo? Es curioso que la gran ausente, la última invitada en aquellos debates fuese precisamente la investigación histórica, pero también es explicable: nuestros polemistas no intentaban explicar, sino dictaminar. En ese debate, tenían menos preguntas que convicciones, por la misma naturaleza del debate: no era un recurso académico, metodológico, sino político: se trataba de hacer prevalecer la propia *línea* sobre todas las demás. Valía más el epíteto que la argumentación, más el aval de un libro sagrado o de un pope de la revolución que el recurso de la prueba histórica, más el intento explicativo totalizante que el esfuerzo por descubrir el matiz, lo distinto, lo específico. El avance era —se entiende— en círculos.

Cierto que hoy el énfasis es algo distinto (¿por culminación del debate?, ¿por cambio de paradigma?, ¿por sustracción de materia?). Pero aún subyacen ciertas preguntas, ciertos esquemas convencionales de entonces que actúan como guía inconsciente del investigador: si la transición del artesanado a la industria constituía un cambio en la base económica, en las relaciones sociales de producción, ¿qué cambio concomitante se dio en la superestructura?, ¿de qué manera se desarrolló la contradicción entre lo viejo y lo nuevo en términos de mentalidades y cómo contribuyó la resolución de esta contradicción en el paso de la sociedad hacia el capitalismo industrial?

Digo subyacen, porque no son estas las preguntas que el autor se plantea de manera explícita en la obra. Son otras:

¿fue el sentimiento del honor, es decir, el de "ser tenidos como hombres de honor y de respeto" por los demás, el motor de la vida del artesano colombiano en los últimos dos siglos? ¿El estereotipo actual de estimar a los "maestros" como hombres incumplidos, dipsómanos, sin sentido de la perfección en su trabajo y trabajadores "a medias", es indicio de que algo falló en el pasado? ¿No pudo entroncar el artesanado nacional con la técnica del siglo XIX (sin base matemática compleja) y se convirtió en un fardo para la modernización del país? ¿El contacto con el "exterior" fue fallido a nivel de los artesanos? ¿Trajeron consigo los numerosos ingenieros y técnicos extranjeros que vinieron al país durante la centuria decimonónica la "perfección"

en el trabajo y el sentimiento del "honor" y, lo que es más importante, supieron comunicarlo? (pág. 10).

Es notoria la base metodológica común. Pero este es un análisis matizado, que se aparta de los cauces estrechos del esquema e indaga por conexiones y explicaciones que permitan construirse una representación dinámica y natural del pasado. Se examina la axiología que sustentaba las relaciones al interior de los gremios, la relación entre productividad y mentalidad, las relaciones entre la Colonia y la metrópoli frente a los procesos industriales en la Nueva Granada y se sostiene que *el material criollo disponible difícilmente pudo hacer el tránsito hacia los tipos modernos de oficios en la rama del hierro y derivados.*

Para ampliar el entorno analizado se tocan interesantes aspectos, tales como el problema del secreto industrial y el desarrollo, donde se ilustran las dificultades de la transferencia y la adopción tecnológicas del país en sus inicios, más allá del simple mercado tecnológico. Esto queda muy bien ilustrado en la descripción del tránsito de la forja catalana a la tecnología de los altos hornos, representativa del salto de la artesanía a la industria.

También, las relaciones entre lo público y lo privado en el fomento de una mentalidad industrial, donde resulta reveladora la acción de los particulares y de los gobernantes en procura de acelerar los procesos de cambio tecnológico. La atención hacia el sistema educativo y el desarrollo industrial en los orígenes de la República le permite mostrar los vasos comunicantes que unieron la Escuela de Artes y Oficios de Medellín con la Ferrería de Amagá, los tipos de formación utilizados en tanto relación entre teoría y práctica. Aunque describe aspectos varios del proceso histórico, su núcleo de análisis lo constituye la dupla de los procesos de formación tecnológica (formal e informal) en relación con los procesos de gestación de la industria. Allí se descubren ingenuas equivocaciones en la adopción de tecnología, resultantes del aislamiento y de una mentalidad provinciana.

El estudio de los valores y de la normatividad vigentes a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX se remonta a los principios del código de los artesanos vigente en la Nueva Granada, adaptado del Código de Campomanes que regía en España. El autor intenta establecer una relación de correspondencia entre cierto tipo de valores que constituían pautas de conducta para los gremios de artesanos y los valores propios de la sociedad de mercado propiamente capitalista. Si el autor tiene éxito en esa tarea de diferenciación no es cosa simple de establecer. Pienso que, finalmente, no logra demarcar concretamente los criterios que le sirven de base en esa tarea. Eso es algo que valorarán los lectores. Es difícil no

tomar distancia de los planteamientos del autor aquí como en otros temas; como por ejemplo, cuando sostiene

¿Quiénes eran los líderes de los sastres? Uno de los agitadores fue Rafael Uribe Uribe, quien junto con Fidel Cano dio en 1883 una nueva organización política a los artesanos y trabajadores de Medellín: La denominada Sociedad del Pueblo Liberal, nombre en el que la supresión del término "democrática" pretendía borrar todo vestigio de radicalismo.

La opinión que les atribuye esa intención no está sustentada y me resulta contraevidente e injusta frente a la biografía de ambos dirigentes.

El argumento desemboca en un examen de los valores del bajo artesano de principios de siglo, utilizando el recurso doblemente extraordinario (como pieza argumental y como recurso metodológico) del análisis del proceso penal contra los dos artesanos que asesinaron al líder liberal Rafael Uribe Uribe. El autor nos cuenta que se inspiró en el cuento *Duplicados*, de Joyce, de la antología *Dublineses*, también traducido con el título de *Contrapartes*, (traducción de Pedro Tanagra, Premia Editora S. A., México, 1981) donde se ahonda en las fuentes del resentimiento de un obrero maltratado. Ese recurso es verdaderamente afortunado: muestra el *ethos* del bajo artesano y hace una semblanza de las condiciones en las que se desarrollaba la vida de los artesanos y la vida nacional. En efecto, el autor sigue el proceso contra sus personajes para inferir de sus vidas rasgos dicentes de la época y de la sociedad.

El resultado final es una obra abierta, no un listado de respuestas en correspondencia biunívoca con las preguntas iniciales. A todas luces, no fue ese el propósito de la obra, más bien una incursión cuidadosa y libre en una dirección algo difusa. Pero deja en el lector la satisfacción de haber sido invitado a una deliciosa excursión por el pasado, acompañado de un guía que sabe orientarse con ese olfato típico del buen investigador.

Destaco con sumo agrado dos aspectos valiosos de este hermoso libro, además de su concepción editorial (tipografía, interlineado, diagramación, ilustraciones y corrección, pese a las escasas incursiones del inevitable diablillo): el rigor metodológico, que se combina exitosamente con una prosa elegante, elaborada y ágil a la vez, y la combinación del discurso académico con el literario: cada capítulo remata con un breve texto del género testimonial, que va tejiendo la historia de un aprendiz que espera inútilmente recibir del maestro ebanista un conocimiento específico. Su tensión interior, su lucha interna contra la desesperanza, su constancia en la espera, su desilusión y la honda frustración de sentirse engañado e irrespetado son una expresión estética que da resonancia a los problemas históricos tratados en la obra, como en un plano paralelo,

y recuerda al lector que por debajo de los esquemas interpretativos y de sus dispositivos lógicos, está el drama humano, complejo, tenaz, variado, inagotable.

El estudio es firmado por Roberto Mayor Mora y está dedicado a la memoria de su padre, de quien nos informa: *Juan de Dios Mayor, carpintero - constructor (agente de circulación, tránsito y aseo de Cali, en tiempos difíciles)*.

Carlos Fernando Rivera